

En nuestro mundo cada vez más convulsionado, la guerra es un tema de estudio que moviliza a los historiadores, los politólogos y los sociólogos. El origen de este fenómeno que parece tan ligado a la naturaleza humana concierne también a los antropólogos y los arqueólogos.

Frédéric Richard

Es lo que nos muestra el artículo de Christophe Demangeat *¿Ya los cazadores-colectores se mataban?* publicado en el número especial de la revista *l'Histoire* de julio-agosto de 2024 dedicado a la temática de la guerra con el título *La Violencia y la Guerra*.

Christophe Demangeat es docente de la Universidad Paris Cité y especialista de la cultura de los aborígenes australianos.

Al inicio de su trabajo indica que hasta los años 1970 se consideraba la guerra como una manifestación reciente de las sociedades humanas.

Los investigadores hacían aparecer la guerra con los cambios socio políticos mayores que vieron la aparición durante el neolítico hace unos 10000 años de la sedentarización, la agricultura, de las desigualdades sociales, de las jerarquías políticas y sociales... Podemos añadir más tarde, hace unos 5000 años, el nacimiento del estado, la aparición de las ciudades, la esclavitud, los impuestos, los ejércitos... Antes de estos periodos, las sociedades del paleolítico nómadas hubieran sido pacíficas sin conocer la guerra.

Hay que indicar que la sedentarización y el nacimiento del estado ocurrieron en diferentes horizontes culturales del mundo en épocas muy alejadas en el tiempo. Además, nunca existieron en ciertas regiones del mundo. Son las sociedades sin estado estudiadas por Pierre Clastres y James C.Scott.

El autor utilizando los trabajos de la arqueóloga Anne Lehöerff indica que las primeras armas conservadas, más específicamente espadas, aparecen durante la edad del bronce durante el segundo milenio antes de Cristo.

Podemos evidenciar durante este periodo enfrentamientos de gran amplitud. Por ejemplo, en 1200 antes de Cristo, en Tollense, en el territorio actual de Alemania, unas 4000 personas se enfrentaron. 750 murieron.

Durante el neolítico, en varios sitios como Vrable, en la Eslovaquia actual, numerosos individuos han sido ejecutados. Pero no se han encontrado armas de guerra específicas.

Sin embargo, desde los años 1960, los arqueólogos han descubierto varios sitios anteriores al neolítico, a la sedentarización y a la agricultura, que ponen en evidencia masacres en masa. Como lo dice Christophe Demangeat implica una nueva lectura de las sociedades nómadas del paleolítico.

El primer sitio estudiado fue Djebel Sahaba en el valle del Nilo en el actual Sudán, estudiado por la paleoantropóloga de la Universidad de Burdeos Isabelle Crèvecoeur. Se trata de un cementerio fechado hace 11500 años antes de Cristo. 40 de los 60 cuerpos tenían heridas provocadas por armas como flechas.

Otro descubrimiento se realizó también en África. Se trata del sitio de Nataruk fechado hace 10000 años antes de Cristo, ubicado a orillas del Lago Turkana en Kenya y estudiado por la paleoantropóloga Marta Mirazón Lahr de la Universidad de Cambridge. Se han descubierto 27 cuerpos de hombres, mujeres y niños masacrados durante una batalla.

Christophe Demnigeat nos propone un último ejemplo. Menciona la gruta del Placard en Francia que fue ocupada hace 20000 años. Descubierta en el siglo XIX, los restos fueron estudiados de nuevo recientemente por Bruno Boulestin y Dominique Henry-Gambier de la Universidad de Burdeos.

No cabe duda que la sedentarización y la aparición del estado favorecen la concentración de la población y los descubrimientos arqueológicos. Durante la época paleolítica, la población era nómada. Dificulta el descubrimiento de sitios más precarios, dispersos y más antiguos.

El autor insiste en la temática del armamento. Es evidente que las espadas y los escudos de la Edad del Bronce hace unos 4000 años eran específicamente un armamento utilizado en un contexto bélico.

Las sociedades de cazadores recolectores utilizaban armas de madera, de piedra... la madera desaparece y es difícil saber si este material servía para la caza o/y la guerra.

Christophe Demangeat nos presenta en este contexto un documento extraordinario. El autor del libro *Justicia y guerra entre los aborígenes de Australia* nos presenta pinturas rupestres encontradas en el parque de Kakadu en el Noroeste de Australia con una datación entre 4000 y 1000 años antes de Cristo. El autor indica que se trata de la más antigua representación de un enfrentamiento armado en el mundo.

Se puede evidenciar dos grupos de aborígenes combatiendo con lanzas proyectadas con propulsores. Se ven cuerpos alcanzados y atravesados.

Los combates eran frecuentes y los aborígenes australianos poseían un armamento muy diverso fabricado a partir de vegetales, esencialmente la madera. Se puede evidenciar escudos, lanzas, espadas, mazas, bumeranes... Algunas armas eran exclusivamente utilizadas durante los combates.

Estas pinturas constituyen un documento que nos lleva a reconsiderar el fenómeno de la guerra en las sociedades anteriores al neolítico. En realidad, con la misma lógica, hay que mencionar también los trabajos de los antropólogos dedicados a las sociedades tradicionales observadas durante las épocas modernas y contemporáneas.

En el marco de una lectura occidentalizada de las sociedades humanas que se impuso hasta los años 1970, los antropólogos, los historiadores y los arqueólogos consideraban que las poblaciones que no conocían desigualdades sociales marcadas, y sistemas

centralizados de autoridad a través del estado, no podían conocer la guerra. Hay que subrayar que sociedades sin estado pueden conocer lógicas de desigualdad.

Vemos una influencia fuerte del sistema westfaliano en los sistemas de representación del mundo occidental que desde el siglo XVII hicieron del estado en Europa el actor esencial de las relaciones internacionales y de las guerras.

En su libro *Patterns of culture* (1934), la gran antropóloga norteamericana Ruth Benedict afirmaba que los conflictos en las sociedades tradicionales son poco letales y se inscriben en una lógica de juegos. Según ella las sociedades tradicionales no conocían la guerra verdadera.

Christophe Demangeat muestra que las lecturas y las influencias del Occidente han complicado considerablemente la comprensión de los conflictos de las sociedades tradicionales, incluyendo el fenómeno extremo de las guerras.

Tomando el ejemplo de las regiones de los Grandes Lagos en América, la acción de los colonizadores a través de la introducción de las armas de fuego y del comercio de las pieles fomentaron los combates entre los amerindios.

En otros contextos, los colonizadores impusieron un control que limitó los enfrentamientos.

Además, las sociedades tradicionales conocían y conocen una gran variedad de violencias y de conflictos que a menudo provocan muertes pero que no son guerras de gran amplitud.

Por ejemplo, en el mundo mediterráneo el fenómeno de *las vendettas*, las venganzas. Hay también expediciones para conseguir trofeo como la caza de las cabezas entre los Jíbaros en el Amazonas.

El autor cita de manera oportuna los conflictos letales controlados marcados por una fuerte ritualización.

Menciona las observaciones del antropólogo Karl Heider que constató la existencia de este tipo de conflictos entre el pueblo de los Dani en Nueva Guinea.

Al volver unos años después evidenció una verdadera guerra que provocó 125 muertos.

En el mundo andino, podemos utilizar los conflictos que caracterizan las comunidades indígenas, los ayllus. El Tinku, con normas muy estrictas y que concierne esencialmente el interior de la comunidad, no excluye la posibilidad de guerras entre ayllus. En Bolivia, los ayllus se enfrentaron y se enfrentan a veces todavía en combates de gran alcance. Así, los ayllus Laime-Puraka de la provincia Bustillos del departamento de Potosí y Qaqachaca de la provincia Abaroa del departamento de Oruro. Los conflictos existieron desde la época precolombina y colonial, y siguieron desde la Independencia.

Las causas actuales de estos conflictos son múltiples. La independencia y sobre todo la reforma agraria de 1953 y la Ley INRA (Ley del Instituto Nacional de Reforma Agraria en 1996) provocaron cambios en los límites de los ayllus que no coinciden además con

las fronteras de las provincias y de los departamentos. Estos límites imprecisos son una fuente de tensiones que van creciendo. Los animales que pasan los límites de los ayllus provocan también tensiones, muertes, destrucciones de sembradíos, de viviendas y prácticas de abigeato en un contexto de odios acumulados desde generaciones.

Los ayllus no tienen estructuras igualitarias. Los originarios trabajan en las tierras más fértiles. Los kantus runas que provienen de otros ayllus reciben tierras de menor calidad. Esta desigualdad provoca tensiones que salen de las normas del Tinku.

Desde los años 1970, los antropólogos han hecho hincapié en la importancia de la guerra en las sociedades anteriores al neolítico y tradicionales recientes.

El autor cita el trabajo pionero de Pierre Clastres *Arqueología de la violencia* (1977) que hace de la guerra una actividad para sociedades que impiden así el proceso de unificación política y el nacimiento del estado. Hace hincapié en el libro de Lawrence H Reeley *La Guerra antes de la civilización* (1995) que pone en evidencia la realidad de la guerra durante el paleolítico, indicando incluso que este fenómeno era más frecuente y violento que en el contexto de la guerra moderna. El libro del arqueólogo Jean Guilaine *El Sendero de la Guerra* (2001) insiste también en el debate que concierne la violencia prehistórica.

Christophe Demangeat menciona también los estudios de primatología que muestran que los chimpancés, nuestros primos más cercanos, conocen enfrentamientos entre grupos.

El autor muestra que una de las formas de la violencia prehistórica es el canibalismo. Los restos de la gruta del Placard que hemos evocado muestran esta práctica.

Hay 3 formas de canibalismo. El canibalismo de desastre en caso de hambruna, el endocanibalismo por ejemplo en Papuasias-Nueva-Guinea que consiste en comer los miembros de su familia para honrar los muertos y mantener el contacto con sus seres cercanos, el exocanibalismo que concierne los extranjeros a menudo en un contexto de guerra para adquirir su energía vital o para destruirlos y imponer un clima de terror.

El trabajo de referencia ha sido realizado por los antropólogos norteamericanos Christy y Jacqueline Turner especialistas de la cultura anasazi de la Universidad de Arizona en su libro *Hombre Maíz: Canibalismo y Violencia en el Suroeste Americano durante la Prehistoria* (2011).

Una temática muy polémica que divide a los antropólogos, los historiadores y los arqueólogos.